





Torrente
y otras aventuras

Torrente
y otras aventuras
Mariano Quirós



Quiros, Mariano

Torrente y otras aventuras / Mariano Quiros. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2018.

136 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-4198-15-0

1. Literatura Argentina. 2. Literatura de la Provincia del Chaco . I. Título.
CDD A860

© Mariano Quirós, 2018

© Factotum Ediciones, 2018

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

Primera edición, 2018

Coordinación editorial: Leila Gamba

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Armado de interior: Brenda Wainer

Foto de tapa: Fernando Cattaneo

Retrato del autor: Noe Carbó

Corrección: Mónica Campos

ISBN 978-987-4198-15-0

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para mi abuelo Cacho
Para Noé y Amador

Torrente

Voy a empezar por contarles de la primera vez que mamá le pegó a papá. En aquel momento pensé que ambos, mamá y papá, estaban jugando, que eran capaces de cualquier cosa con tal de ver dibujada una sonrisa en la tristonera cara de su único hijo. Pero pronto entendí que la vida no suele dar vuelcos bruscos en el carácter de las personas, y menos aún en el carácter de personas como mis padres, que hasta el día de hoy –y aun extrañándolos como los extraño– son gente que más vale tener lejos. Por eso no tardé en darme cuenta de que la cuestión venía por otro lado, de que no había cosa que les interesara menos a mis padres que mi felicidad, o al menos una cierta cuota de mi bienestar. Y cuando hablo de bienestar no me refiero a la mera necesidad de contar con más o menos lujos o supercherías –mamá tenía un buen trabajo y traía a casa cuanto hiciera falta, todo de primera calidad, todo revestido de su muy buen gusto, porque si algo debo admitir es que el gusto de mi madre era inobjetable–, cuando hablo de bienestar me refiero a esa necesaria, y espero que no me acusen de cursi o simplemente de maricón cuando diga esto, pero me refiero, decía, a esa necesaria

compañía, o bien podríamos decir acompañamiento con que los buenos padres saben prodigar a sus hijos. Mis padres no eran buenos padres, eran apenas unos inútiles, unos vándalos. Pero qué decirles... siempre voy a quererlos, siempre habrá lugar para ellos en mi corazón. Mamá solía decir que mi comportamiento no era el mejor, que parecía un autista, que mis muchas horas mirando el techo eran el pasatiempo de un idiota, que no era posible que con diez años siguiera cagándome encima con tanta frecuencia. En mi defensa, quisiera decir que al menos desde que cumplí quince años disminuí a cero el número de mis infortunios, ya no me cago, y si me llevó tanto tiempo dominar mis esfínteres fue por su presión constante, por la presión de mamá, digo, por la insistencia odiosa con que la vocecilla de mamá me aturdí diciéndome que era un asqueroso, una mala persona que no ponía empeño en aprender algo tan natural como agitar el vientre donde corresponde. Yo lo intentaba, ponía todo de mí, pero por alguna razón ahí estaba cada vez, con los calzoncillos sucios y con una angustia que para qué contarles. Por supuesto, las veces que conseguía ir de cuerpo sentado sobre un inodoro, lo entendía como un triunfo, como una obra épica cuyo valor nadie alcanzaría a comprender. Ni siquiera mi padre, un hombre de tamaño considerable que pasaba el día derrumbado en el sofá del living, diciendo que las musas lo habían abandonado demasiado pronto y que tenía, por lo tanto, muy merecida la vida ingrata que le había tocado en suerte. Las musas de las que hablaba mi padre eran las culpables, según él, de que no pudiera plasmar en el lienzo las obras dignas del artista que decía ser. A decir verdad, nunca jamás vi una obra de mi padre. Él hablaba de artistas de aquí y de allá, se comparaba con aquel y aquel otro, pero lo cierto es que no había modo de corroborar su vocación artística. Es justo decir, sin embargo, que si

algo dominaba mi padre, ese algo era el arte culinario. Vieran ustedes cómo manejaba los enseres gastronómicos, los cucharones, los cuchillos de buen filo y porte, los peladores; el aroma de la cocina era un sueño y papá, un hombre esplendoroso. Si tan solo hubiese compartido alguna vez con nosotros aquellos manjares. Pero no, él conocía las cantidades suficientes para satisfacer nada más que a una persona sola, producto, explicaba, de su experiencia de juventud, de la vida artística y bohemia de sus años más pobres y felices. Me contaba de aquellos años mientras devoraba algún *soufflé*, alguna torreja, algún bocadito. Hablaba como si hubiese pasado la juventud vagando en posadas parisinas, codeándose con lo más granado de las artes en cualquier género y estilo, aunque es bien sabido que papá nunca abandonó nuestra pequeña y medio perdida ciudad. Sus años dorados, como solía llamarlos, fueron los tres años que sus padres, los abuelos que nunca conocí, pero de los cuales supe muchas historias, accedieron a pagarle una habitación de estudiante, una habitación que muy pronto papá convirtió en un simple chiquero –con excepción del rinconcito destinado a la cocina, que cuidaba como un tesoro–, y que nunca fue la habitación de un estudiante, sino más bien la del más vulgar de los vagos. Papá no hacía nada, ni siquiera emborracharse tanto como pretendía, y si me preguntan, tampoco entonces fue capaz de atraer musa alguna. En todo caso, las musas preferían cobijarse en aquel rinconcito impoluto de la habitación, escondidas entre las pequeñas cacerolas donde mi padre se curtía en recetas para sí mismo. Puedo verlo ahora, saboreando un buñuelo, saludando con timidez a mamá, que llega con su aspecto de mujer cansada y andariega, tan activa mi madre, tan dispuesta a llevarse el mundo por delante, obligándome a comer de una vianda indigna, abundante en legumbres y carente siempre de algo que fuese en

verdad sabroso, una vianda que traía a casa aquella vecina un tanto díscola que con el tiempo se convertiría en mi esposa. Emilia, ese era su nombre. Nunca pude adivinar cuánto mayor que yo era Emilia, ¿diez, quince años?, ¿treinta?, tampoco nunca quiso decírmelo, y yo no quise indagar demasiado, tenía muy presente la experiencia de mis padres y no me seducía la idea de molestar con esas preguntas a mi esposa. Su carácter, el de Emilia, iba y venía, un subibaja insoportable, y aunque admito que pocas veces levantó su mano contra mí, la sola idea de que pudiera hacerlo me aterraba. Mi sospecha era que mamá me había entregado a Emilia como agradecimiento por los servicios prestados durante tantos años, además, claro, del hecho de quitarse de encima el lastre que yo era y que lastimosamente sigo siendo. Ahora bien, las viandas de Emilia me ayudaron a crecer fuerte, eso decía mi madre, gracias a esas viandas hice del mío un cuerpo macizo capaz de soportarlo todo, hasta las burlas de mis compañeros de escuela, niños malcriados que, vaya uno a saber cómo, sabían más que yo acerca de todo, incluso acerca de lo que sucedía en mi propia casa. La escuela a la que yo iba no era la mejor de las escuelas, tampoco era la peor, pero en modo alguno era la escuela que mi madre hubiese deseado para mí. Imaginen, un edificio desvencijado y maltrecho que en los pocos días frescos que goza nuestra ciudad dejaba filtrar una especie de chiflón que convertía aquel agradable frescor en un infierno gélido que enfermaba a cada uno de los alumnos, niños mugrientos y malnutridos, siempre moqueando, siempre con tos. Ni hablar los días de calor, que son todos los días aquí, días que más vale no haber nacido. El cielo te aplasta, el aire te fulmina y la vida es como una cámara lenta desoladora, una cámara lenta que se derrite, como la imagen de una ruta de tierra que se extiende mucho más allá del horizonte, así es Resistencia, así es la

provincia del Chaco y así ha sido siempre, por más que cada año queramos convencernos de que cada vez es peor. Pero no, siempre ha sido igual, este cuero, el mío, no está curtido por el trabajo ni por una enfermedad terrible –si yo no he trabajado mucho que digamos, y enfermedades, bueno, ya lo dije, la comida de Emilia hizo de mí un hombre fuerte, por lo que tampoco puedo decir que una enfermedad me haya hecho esto. Y cuando digo *esto*, me toco la cara, como para que ustedes sepan de qué hablo, de lo curtido y horrible que me ha hecho esta ciudad. ¡Ay de ustedes si tuvieran que vivir aquí!, si no les quedara más remedio, si se vieran de pronto presos en este agujero sin porvenir. Yo me había prometido escapar a la primera oportunidad, calzarme un bagayito con una muda de ropa, unas latas de picadillo y uno o dos cuadernos donde anotar lo que iba viendo, lo que iba viviendo a medida que sucedía mi fuga, pero nunca pensé que la cosa resultaría tan difícil, que debería esperar mucho más tiempo del imaginable. Recién con el paso de los años supe que todos en Resistencia, y en cualquier lugar del mundo, planean lo mismo: todos quieren irse. Pero no saben, o lo saben mucho después, cuando ya es demasiado tarde, que huir de Resistencia –como huir de cualquier otro lado– demanda mucho más que decisión y coraje, demanda algo que ya me había resignado a no descubrir. Papá solía decir lo mismo, decía que gran parte de su frustración artística venía de la poca inspiración que ofrecía Resistencia. ¡Qué musa podría hacer pie en un lugar tan dejado de la mano de Dios! Entonces papá hundía la cabeza entre las manos y soltaba unos gemidos agudos pero persistentes, como el grito de un animal herido, y yo sentía que me hundía con él y entonces me acercaba para abrazarlo, pero papá me alejaba, aumentaba el tono de su berrinche y me daba empujones, no muy bruscos pero sí dolorosos, dolorosos en el sentido de que entriste-

cían, aunque en el fondo a mí no me interesaba alivianar la pena de mi padre, sino simplemente acompañar mi propia pena, mis propios dolores. El rechazo de papá, sin embargo, era como hacer más persistente mi dolor. Qué decir del día aquel en que mamá llegó con la noticia de que la señorita Emilia –así le decía ella, “señorita Emilia”– se mostraba de acuerdo en que ya era tiempo de que yo cambiara de aire e iniciara una nueva vida. Cuando escuché a mamá hablar de “nueva vida” quise creer que mis plegarias habían sido escuchadas, pero bastó que apareciera el cuerpo de mujerona infernal de Emilia para que yo comprendiera que las cosas no iban por el mejor de los senderos. En todo caso, la novedad hacía prever nuevas penurias, una nueva forma de prisión que vendría a multiplicar la prisión que me había tocado en suerte hasta entonces. Quiero decir, mi prisión había consistido simplemente en soportar las quejas y berrinches de papá, las infamias propias de la escolaridad y los desplantes y maltratos de mamá, todo aquello imbuido de las dosis de violencia imaginables y en cierto modo esperables. Pero entregarme a la señorita Emilia, a la mujer de las viandas, de un día para el otro, no fue algo que yo hubiese esperado ni siquiera de mi madre. Pobre mamá, nada en su vida le había salido del modo planeado, siempre cuesta arriba, a mil por hora, con un hijo idiota y un marido inútil, ambos producto de un único y poco feliz arrebato de juventud. ¿Qué habrá visto mamá en mi padre? ¿Habrá creído en las palabras afectadas y anacrónicas de ese artista fallido? Seguro que no, mamá era una mujer práctica, y sin embargo ahí estaba, perdida en los brazos de un vago de toda laya, dejándose hacer todo lo que le insinuaban y haciendo todo lo que venía a su cabeza, una cabeza de poca imaginación –por no decir nula imaginación–, que se encendería solo por única vez, aquella vez, mientras tomaba el mando y le decía a mi

padre que las cosas se hacen así y asá, y por acá y por allá, sí, sí, así, y perdónenme el pudor al hablar de estas cosas, pero comprendan que les estoy hablando de mi madre, una mujer marcada por un destino grande interrumpido por un hombre pequeño, tan pequeño como me hizo sentir Emilia aquella lejana siesta en que me bajó los pantalones y los calzoncillos y se burló primero de las marcas de suciedad y se rió después a mandíbula suelta de mi insignificante miembro. Dijo Emilia que pocas veces había visto algo tan chiquito, y empezó después a masajearme y a reírse como una loca, ya que, aun hinchado, mi miembro seguía siendo apenas como un palito, todo lo cual no fue impedimento para que siguiera con esos masajes brutales hasta el punto de hacerme ver las estrellas de dolor. Años más tarde Isabel también haría un comentario similar al verme desnudo, pero Isabel no se reiría, Isabel –si me permiten caer por enésima vez en una ñoñería– me trataría con cariño y amor, y yo sentiría por fin que podía salirme de a ratos de aquella pena aplastante. Tampoco quiero exagerar, pero es eso lo que yo sentía, era joven y no conocía grandes cosas del mundo, y lo que más conocía era lo que me contaba mi padre, que en los pocos días que estaba de buen arte –y no precisamente el buen arte que él hubiera pretendido–, se acomodaba con un par de cervecitas y comenzaba a contarme historias de lo más variopintas, a cual más inverosímil, pero que se me quedaron grabadas y que no me cuesta nada compartir con ustedes, como la historia de su padre, mi abuelo, un hombre agobiado y muerto por la culpa, una culpa que según papá no venía a cuento de nada, pero de la cual él mismo había sabido aprovecharse. La culpa de mi abuelo empezó a pergeñarse en el mismísimo momento en que decidió tomar un rumbo diferente para su vida, un camino, no importaba cual, que lo alejara para siempre de estas regiones. Mi abuelo había